Gerbasi y el Occidente sagrado

ANTONIO URDANETA

El Occidente sagrado le mostró la flor azul, el serenísimo mandala poético de Novalis, tan decisivo en su meditación. Gerbasi vio el destello y también el caos, propicios a ser aventurados y reunidos en aquella flor: su acento contenía la belleza y lo terrible como en Rilke el ascenso coral. "El infinito, decía Gerbasi a principio de los años cuarenta a propósito de un libro de Otto De Sola, comienza a vibrar en nosotros..." (1). Detrás de una flor azul suele estar una roja que contiende.

La imagen surreal, que no la veo tanto en él, pero que ya estaba en distintas confluencias sorpresivas de nuestra lengua, aun antes del surrealismo históricoo didáctico, le permitió sortear brillos terrenales y difíciles tornasoles y pinturas fauves ansiosas de flechar calideces de su experiencia lírica.

Se arraigó en una versión fabulosa de la historia americana. Confiadamente, o en paz, hablaba de una noción de esencia de la tierra: sin esencialismos, sin antiesencialismos. Hoy entendemos poco de esencias: si alguien es altruista o enaltece la amistad, se piensa, por ejemplo, que lo hace por temor. Y no nos detengamos en palabras: la poesía no es asunto de (meras) palabras. Gerbasi se consagró a una epifanía del trueno y del relámpago, sobre todo en libros colmados de intensa alegría danzante, en poemas en que identificó lo súbito, directo, resplandeciente y sonoro del relámpago y del rayo divino con su propia actividad poética. Habría que pensar en todo cuanto se exigía y en todo cuanto atesoraba su pasión. ¿Qué ha sucedido desde entonces? El infinito se había reducido entre

nosotros a falsas lontananzas y clamores que predominaban, reinando, como dice Gerbasi, imágenes kodaks para turistas, y limitados horizontes. El aspira a que la palabra resplandor no se le convirtiera en tópico entre las manos. Quien ha recibido una visión original que lo revela y le promete la libertad ¿daría marcha atrás? El desaliento es posible sin vigilia para que el yo, que no crea poesía, vuelva por lo suyo. Pero Gerbasi cavilaba como una llama o un rubor que estaba en él o ante él al mismo tiempo. Si el cielo y la tierra permanecían separados ¿qué podría engendrarse?

No dejo de recordar en este instante unas palabras de Marcel Schwob en boca de Monelle, vivos retratos de apariciones y desencuentros que suelen tener lugar natural en una trayectoria poética. "No te sorprendas — dijo — soy yo y no soy yo. Me volverás a encontrar y me perderás. Una vez más volveré... pocos hombres me han visto y ninguno me ha comprendido. Y me olvidarás y me reconocerás y me volverás a olvidar. He salido de la noche — dijo — y volveré a la noche. Pues yo también soy una pequeña ramera... Es necesario que me pierdas, antes de volverme a contrar. Y si me encuentras, huiré de ti nuevamente..." Ahora, nada me dice algo más aproximado, o a nuestras propias inconstancias o a las vicisitudes que se nos escapan en la lucha por fijar la poesía verdadera: "Es necesario que me pierdas....". Se trata de un costoso aprendizaje, de un conocimiento en medio de pruebas terribles muchas veces tras el cual corre el héroe de un cuento

maravilloso.

Siento a Gerbasi luchar por su fidelidad, aun en un texto de apariencia circunstancial como este nuevo libro suyo El solitario viento de las hojas (2), que no celebra la abundancia de aquel chisporroteo inicial de la imagen; acá ha retenido lo grandioso en lo pequeño: un niño aparece como el guardián de sus orígenes vivientes. Gerbasi luce apartado, mirando a la pureza de quien escribe sus poemas: ve jugar al niño a través de una ventana actual. Palpamos la soledad viril que lo acompaña y hiere; lo baña una tristeza de otro mundo y de un país desconocido, contiende por su anhelo con distinta suerte: el niño da vueltas a una zaranda. Sus elogiados versos y cromatismos curiosos están en sus otros libros. Pero en estas hojas solitarias nos

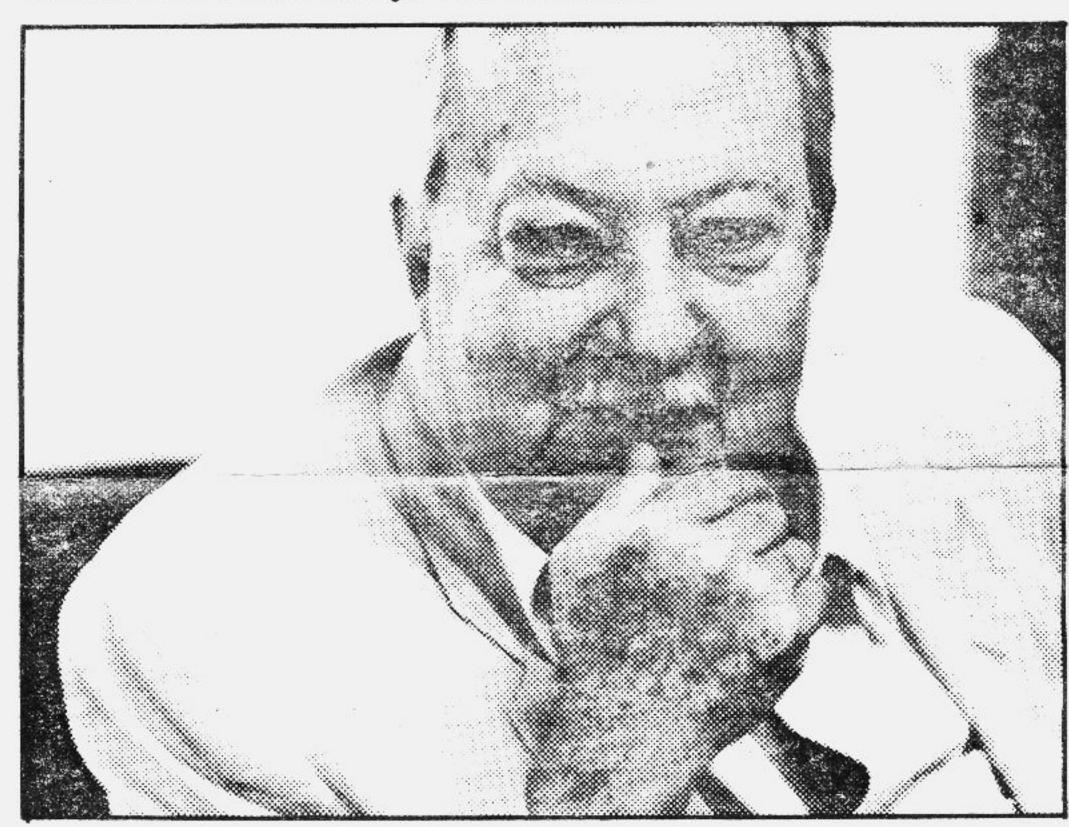


Foto SANDRA

permite verlo sostener sus antiguas certidumbres, su verdadero alimento. Adivino su cavilación ante los decisivos acontecimientos a que la poesía, aun en el silencio más completo y tangible, enfrenta sin acomodos que valgan.

Lo veo también haciendo culminar buena parte de nuestro romanticismo popular, así como la forja del fuego-herrero tomó el rumbo de José Antonio Ramos Sucre. Lo sigo con la vista desde cuando él no era Vicente Gerbasi sino una voz oracular y anónima, prendida en un poeta premodernista de Chejendé, o ascendiendo en espiral en la enredadera azul de los chamanes alusiva a la mirada en el nahuatl florido, la misma Flor Azul de Barquisimeto que cantara una rosa cándida llamada José Parra Pineda, y que sin ninguna casualidad, rima con "la miel de la flor azul de Pinar del Río elaborada por abejas de apigrama griego..." en el Paradiso de José Lezama Lima, para permanecer en el Occidente sagrado, no sin hacer contacto con primores y reviviscencias de la canción popular latinoamericana, especialmente caribeña como la poesía de Gerbasi, para contemplar la flor azul bailable de Celia Cruz con la Sonora en otro ritmo del mismo gran cantar que quiso hacerse oír. Admito que ¡jamás había relampagueado tanto!

(1) Vicente Gerbasi / **De la soledad** y las visionnes. En "La rama del relámpago". La Casa de Bello. Caracas, 1984.

(2) Vicente Gerbasi / El solitario viento de las hojas. Tierrra de Gracia Editores. Caracas,1989